



introducción a una discusión sobre la fábrica del caso¹

Jean Allouch



(*)

No fue sin cierta vacilación que he aceptado introducir nuestra discusión de hoy, o dicho de otra forma, no hacer una exposición sobre este asunto llamado la fábrica del caso. ¿Por qué razones esta reserva?

Para empezar, es un hecho que no estoy verdaderamente convencido de que sea posible y aún menos deseable, en el campo freudiano, y para cualquiera, sostener un discurso *sobre* la clínica. Solamente con leer tales discursos, ¿no somos tomados por una impresión bastante desagradable, algo difícil de definir, algunas veces ligado al estilo empleado, otras veces a afirmaciones que nos saltan a los ojos como intempestivas?

¹ El texto de partida [*introduction à une discussion sur la fabrique du cas*] se encuentra disponible en la página de [Jean Allouch](#) en la sección Intervenciones, y es una exposición realizada en la *école lacanienne de psychanalyse*, en 1990, que puso en discusión el dispositivo de la "fábrica del caso" consignado en el capítulo [Sobre la clínica psicoanalítica](#) de la *plquette* o folleto de fundación de la elp.

Traducción, notas de edición y revisión: Paola Behetti y Marie-Laurence Gleville. Colaboración: Marco Condado.

(*) Fotografía: Río de la Plata desde la Rambla Pdte. Wilson en Montevideo, 34°55'31.4"S 56°10'14.8"W.

Desafortunadamente, éste es también el caso de nuestro texto sobre "la fábrica del caso" en el folleto de la elp. No sólo transporta un contrasentido sobre lo que Ponge llamó "fábrica" - contrasentido que no es ya poca cosa dado que Ponge es referencia para este texto. No existe, en Ponge, la idea de un pasaje hacia diferentes públicos cada vez más extensos; el escalonamiento pongiano, la "fábrica" como tal, no está del lado de los lectores, sino enteramente a cargo del autor, en el acto de publicar el conjunto de sus borradores (que, cómo resultado, dejan de ser borradores, ya no lo son). Volveremos sobre este contrasentido. Además hay, en nuestro texto, un cierto tono, digamos una manera de declarar, bastante desagradable. Hablamos, por ejemplo, de "la única regla decisiva" que, aseguramos no sin cierto descaro, "no deja de operar sobre la palabra". ¿Qué sabemos al respecto? Regular la palabra a partir de la finalidad del pasaje a otro público, ¿no es ésta una manera, no de darla a escuchar, sino más bien de impedirla? Finalmente, se trata de una problematización de la clínica, anunciada ya en el primer párrafo, lo que está lejos de ir de suyo, en todo caso si se trata de esa modalidad tan particular del cuestionamiento clínico inventada por Freud. Deseo, primeramente, indicar cómo varía la relación con la clínica según el lugar que se le de al paradigma.

Funciones del paradigma en la clínica²

¿Qué hemos escrito efectivamente? Que se trataría de pasar de una práctica privada a una clínica que haría referencia para una comunidad. Esto implica suponer que una práctica privada como tal no podría hacer referencia. ¿Pero esto es tan seguro? Para hacerlos dudar, me referiré a dos asuntos.

El primero se refiere al debate sobre el concepto kuhniano de paradigma. Me pareció, leyendo *La estructura de las revoluciones científicas* hace unos años, que la mayoría de las determinaciones del concepto de paradigma en Kuhn le iban como anillo al dedo al infernal ternario lacaniano R.S.I., al que podíamos entonces identificar como paradigma en el sentido de Kuhn. La pregunta resultante, planteada a Freud, era saber, y por tanto determinar, lo que, en Freud, podría anclarse como paradigmático. ¿Habría sido éste el caso del modelo del *esquema*...³ y en particular el de la oposición memoria/conciencia (con esa loca conjetura de que la memoria nunca debería olvidar nada)? ¿O bien el de la primera tópica? ¿O de la segunda? ¿O la oposición entre pulsión de vida y pulsión de muerte? ¿O aún alguna otra cosa? ¡Nada de lo que podía considerar en la teoría freudiana me parecía conveniente! Tanto es así que llegué (lo encontrarán en "Freud desplazado", de noviembre de 1984) a

² Un desarrollo más exhaustivo de este punto puede leerse en el libro *Freud y después Lacan*, de J. Allouch (1994), Córdoba, Edelp.

³ Véase el esquema que Freud (1900) plantea en "La interpretación de los sueños", *Ob. compl. Vol 5*, p. 531, 532, 534. (1993, Bs. As., Amorrortu Ed.).

darme cuenta de que lo que hacía paradigma en Freud era simplemente el caso, es decir, una determinada manera de abordar cada caso, de cuestionar o hacer hablar a la locura, cierta forma de posicionarse él mismo en este abordaje. No percibía, en ese momento, la razón por la cual esta decisión mía, que si bien no me molestaba, me parecía, digamos, osada. Y fue, para concluir el asunto, el último libro de Kuhn publicado en francés en 1990 el que me dio la respuesta. Kuhn vuelve varias veces sobre su concepto de paradigma; el uso que hizo de él en su primer libro le parecía demasiado amplio como para no ser errado; resolviendo entonces el problema al distinguir dos sentidos en esta palabra que... recubren exactamente los dos sentidos que yo había aislado en 1984 en *Freud desplazado!*⁴

Un encuentro así, todavía hoy me parece más que sorprendente, al menos a mis ojos. El significado restringido que Kuhn eligió entonces darle a su término paradigma es exactamente el que yo había elegido para Freud, al decir que, en Freud, el paradigma no es otra cosa que el caso. Éste, dice Kuhn, es el primer significado, gramatical, del término. En gramática, pero también, como muestra Kuhn, en la práctica científica más común, se dice que un ejemplo es paradigmático cuando le damos un valor canónico, es decir, cuando se utiliza para resolver un problema que se presenta, es esto lo que sé que conjeturamos, casi idéntico al que ya hemos resuelto considerando el ejemplo prototípico. Si esta conjetura resulta verificada, adquiere un estatus de paradigma. Asimismo, Freud, después de haber inventado el dispositivo analítico, tratará todos los casos que se le presenten poniendo en marcha este mismo dispositivo. La identidad de la respuesta no es para Freud como para el científico, tal como Kuhn describe la práctica, una identidad *de contenido* sino una identidad *formal*, que permite resolver de la misma manera problemas con diferentes contenidos.

Así, los primeros seminarios de Lacan (los inéditos y algunos otros, como *la relación de objeto*) se dedicaron esencialmente no al estudio de la teoría freudiana sino al de los casos de Freud. Por "caso" también podemos entender, por ejemplo, todo lo que Lacan construye sobre el "famillionario". Todo sucede entonces como si, para Lacan en su momento y no sólo para nosotros hoy, este fuera esencialmente el caso que, para Freud, tiene el estatus de paradigma en el sentido gramatical del término. Así lo confirma el segundo asunto que quería mencionar.

Juega exactamente en la misma dirección. Al proponer, en su tesis, designar como "caso Aimée" (y no paranoia de autocastigo) todos los casos que resultarían ser de esta misma problemática del autocastigo que en Lacan parece central por Aimée, Lacan actúa como gramático; aplica el concepto de paradigma en el sentido restringido tal como finalmente lo eligió Kuhn.

⁴ En español el artículo se encuentra en [Littoral. Textos de psicoanálisis. Lacan censurado](#), p. 27-41, Editorial La Torre abolida, 1986, Argentina.

Esto da cuenta de que la confrontación de la IPA con Lacan se centró en la cuestión de las sesiones cortas y puntuadas: para la IPA la sesión de 45 minutos constituía un rasgo inamovible del paradigma freudiano en el sentido que acabo de especificar, para Lacan este rasgo no era freudiano sino propio de Freud.

Finalmente podemos señalar que, por el lado de la IPA, el endurecimiento del dispositivo de análisis tal como lo practicaba Freud (no sin precisar que le era particular), la franca ritualización de este dispositivo, la preocupación de que cada uno respete escrupulosamente sus determinaciones corresponde al hecho de que no hay otro recurso, en Freud, que este paradigma limitado al caso. Las reglas técnicas, en esta ritualización, se convierten en el único criterio que nos permite distinguir lo que es psicoanalítico y lo que no lo es. (Didier Anzieu lo formula de manera muy explícita: hay tantas teorías como analistas, cada analista puede tomar o dejar lo que le place, o incluso utilizarlo de manera diferente según sus casos, lo esencial sigue siendo la técnica que por si sola hace la comunidad de psicoanalistas). No me detendré en tal avatar de transmisión, pero sí les señalaré que cuando Lacan, a partir de un caso de Freud que nunca deja de observar de cerca, construye su grafo, es desde un enfoque completamente diferente al de Freud.

No hay entonces, en esta perspectiva del caso paradigmático, como escribimos demasiado rápidamente en el folleto de elp, que pasar de lo privado a otra cosa que sería una referencia a ello; al contrario, es lo privado como tal, en su singularidad, lo que hace referencia. Vemos que nuestra problematización de la clínica, desde el principio, ignora toda una parte de la cuestión que pretende abordar.

La cuestión clínica se plantea en términos muy diferentes según la función que atribuyamos al paradigma. Y Lacan, a diferencia de la IPA, quiso desde muy temprano no atenerse al caso paradigmático; formalizar el análisis, logicizarlo, topologizarlo, en definitiva, como se quiera decir, de principio a fin su enfoque tiene como referencia última una racionalidad que no sería nada menos que la de todo el mundo, psicoanalista o no. Llegados a este punto, surge una cuestión muy difícil, ya que esta formalización no tiene el valor de una modelización para Lacan. Ésta es toda la cuestión del R.S.I. el cual es ciertamente válido como formalización pero no sin dejar de lado el concepto de modelo. Quizás este extraño giro esté relacionado con el hecho de que Lacan permanece fiel, como él mismo dice, y como Freud, a la "envoltura formal de los síntomas" (*Escritos* p. 66⁵), en otras palabras, parece elevar el caso al rango de paradigma, *empujando todo lo que puede en este sentido, pero no sin tener*

⁵ Esta referencia se encuentra en *Escritos 1*, p.60, Siglo XXI Ed, México, 1998.

en la otra mano algo que se asemeja al otro concepto kuhniano de paradigma, el de "matriz disciplinaria" (*La tensión esencial*, p. 321) o incluso "generalizaciones- esquemas". "(idem, p. 324)⁶.

Proposición

Hay otra razón para mi reticencia a hablar de la clínica, una razón que me resulta más difícil de decir porque implica una dimensión de confesión, que, además, podría convertirse en una proposición. ¡Por lo tanto, hay motivos para mirar dos veces! Es necesario, sin embargo, que se los diga, porque no son cosas que sólo puedan esconderse sin que tal abstención sea sin consecuencias. Resulta que he llegado, en esta cuestión de "hablar clínico" [*parler clinique*], a una posición, digamos resuelta. Si la escuela admitiera la validez de esta posición, esto no dejaría de tener consecuencias para su funcionamiento y, en particular, para los llamados cárteles de fábrica del caso.

Introduciré la cosa con una pequeña historia a propósito de la cual ciertamente no reivindico el estatus de fragmento clínico, de una viñeta como se dice en otros lados (lo que plantea la cuestión de saber en beneficio de qué ancianos estas viñetas son expuestas⁷). Más bien llamaré a esta pequeña historia, fábula, una fábula clínica, para dejar claro que es esencialmente una invención mía, lo que no la hace carente de interés; pero decirlo así les advierte que se trata de engatusarlos, lo cual no es para nada condenable si tenemos en cuenta que todos nosotros nos contamos, cada uno, entre el número de los incautos.

Érase una vez, lejos de aquí, en un país latinoamericano, un cartel de fábrica de caso. Fue forjado durante mi visita a este país, y allí fui interrogado como psicoanalista. Una joven habló allí ese día, preguntándose, respecto a uno de sus pacientes: "¿Pero por qué quiero que ella se divorcie?". La analizante en cuestión, nos dice, había venido al análisis porque no podía separarse de su marido. Con él es frígida, como con todos los hombres que ha conocido recientemente. Por cierto, y como para explicar sus éxitos actuales, nos cuenta que su paciente es muy guapa, muy cortejada tanto en su trabajo como por los maridos de sus amigas. Su pregunta ("¿por qué quiero que se divorcie?") condujo a esta analista a realizar un control, que nos sorprende menos cuando nos cuenta que, de vez en cuando, su paciente se giraba y la miraba y que luego, ella se quedaba absolutamente petrificada en su sillón, ante esta intensa mirada.

⁶ Publicado en español: *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1982.

⁷ [ce qui pose la question de savoir au profit de quels vieillards ces vignettes sont payées]. La palabra *vignette* (cfr. Larousse) como expresión, refiere a un documento fiscal bajo la forma de etiqueta para pegar sobre el parabrisas de los automóviles, como comprobante de pago de un impuesto anual.

Digo aquí entre paréntesis, digamos algo de una triquiñuela de psicoanalista lacaniano. ¿Por qué era perfectamente admisible esta solicitud de control? ¿Por qué tuvo que ser ratificada como legítima? Es una confidencia que Clavreul, me hizo un día y que les traigo aquí, obviamente fuera de la escuela, ya que ocurrió durante el intervalo de una función en el *Théâtre des Champs-Élysées*. Clavreul entonces me dijo, ya no recuerdo por qué la conversación se centró en esto, que una demanda de control surge cuando el psicoanalista es tomado como *objeto a*. Concluimos que el control se establece en el más franco de los errores, el más pertinente también, ya que pedir control es pedir no ser tratado como un *objeto a*, es decir, cómo acabaremos siendo tratados, en el mejor de los casos, al final del análisis. Control significa, por lo tanto, si seguimos a Clavreul en este punto y lo hago de buena gana, en primer lugar alejarnos de aquello que, como psicoanalistas, estamos llamados a encarnar; termina, por tanto, con la aceptación de aquello de lo que habíamos huido al comprometernos con ello. En la fábula clínica que les cuento, se trata claramente del objeto mirada, de la castración de la pulsión escotofílica.

Hoy, la persona que nos habla nos dice que ella también está sola - su paciente vive de hecho separada de su marido. Como ella, tiene un hijo. Aquí, un desliz, no reproducible en francés ya que no existe la palabra que diría una "infante". Entonces dice "un hijo", por lo tanto un nombre masculino, luego corrige: "una hija", femenino. Su paciente tiene un hijo, ella tiene una hija. Este desliz le da entonces cierto coraje: conmovida, sonrojada, pero también riéndose de sí misma, admite que tal vez, a lo mejor, esté celosa del éxito de su paciente. Se trata entonces, según entiendo esta confesión, sólo de una idea entre otras, que nada excluye que sea, en el sentido lacaniano del término, desconcertante. Pero luego, al decir eso, accidentalmente dejó caer el bolígrafo que había estado manejando con cierto nerviosismo desde que habló. Entonces un hombre joven, alto, barbudo como es casi normal en esta región y que participó en el llamado cártel de fábrica de casos, se agacha, recoge el bolígrafo en cuestión y se lo devuelve a quien lo había dejado caer. Al hacerlo, actúa como un hombre cortés, lo que no significa, en ningún caso, que actúe como un analista, ni mucho menos. ¡Hasta donde yo sé, el trabajo del analista no es encubrir los actos fallidos! Pero la pequeña escena que presencié me enseñó que al evocar sus celos hacia su paciente, quien nos lo dijo no estaba bromeando. Sólo me queda decirlo, lo que hago diciéndole a ella, pero delante de los demás: "*¡ya ve, usted también tiene éxito!*" Y el pequeño grupo se ríe con ella. Evidentemente la sesión había terminado, por el momento el asunto estaba resuelto.

Ciertamente es imposible, a partir de esta fábula, concluir que el evento que ocurrió en esta sesión de elaboración de casos implicaba necesariamente la presencia de alguien colocado explícitamente en la posición de analista. Tampoco hay nada que apoye lo contrario. El caso es que no

ocurrió fuera de tal supuesta presencia. Entonces, si no puedo concluir nada, al menos puedo, con esta fábula clínica, plantear la siguiente pregunta: ¿En calidad de qué habla quién habla en un cartel de casos? No puede estar a título de psicoanalista, como tampoco en un control. Pero ¿en qué otra calidad, sino en la de analizante? No veo otra posibilidad. E incluso generalizaría formulando que cada vez que un sujeto en posición de analista no puede hacer otra cosa que hablar de tal caso de su práctica (ya sea por escrito, a su pareja, a un amigo o a una novia, o cualquier otra cosa que queramos), sólo puede hacerlo como analizante. Pero ¿cómo podemos afirmar esta palabra como analizante, cómo, de alguna manera, igualarla a su estatus? No veo otra solución que remitirlo a un psicoanalista, a alguien reprendido como tal. ¿Qué significa en realidad cuando las palabras de un analizante fluyen de aquí para allá, sin ser llevadas a un analista? Es, sin embargo, una cosa muy extraña y que, por su misma inconsistencia, huele a chamuscado.

Inmediatamente surge una propuesta para la escuela. En cuanto a los cárteles que elaboran casos, ¿por qué no admitirían haber hablado explícitamente con un psicoanalista de su elección? De manera más general, podríamos hacer saber, no digo proclamar, sino hacer saber en la acción (y eso no sería una garantía pequeña para los analizantes), que nunca habrá, en esta escuela, una cuestión explícita de un analizar sin un discurso semejante dirigido, no menos explícitamente, a un psicoanalista. Lacan, como ustedes saben, había llegado a no decir nada directamente sobre lo que le venía de su práctica, esto a raíz de un error garrafal que relata. Esta posición me parece, y con diferencia, la preferible, ya que cuando se trata, en nuestra práctica, *sin té menta al agua*⁸. La charla "entre analistas" (como decimos sin ver que esta expresión no tiene sentido) tiene el efecto más habitual de impedir que el analizante pueda llegar al final de su discurso, lo que se ve claramente cuando, por el simple hecho de existir como charla, rechaza lo que el analizante puede esperar del psicoanalista, es decir, permitir que se dirija a una tumba. En cuanto al analista que, en una cena social, cuenta tales hazañas, ciertamente puede creerse anunciar, y lo peor es que a veces puede funcionar. ¿Pero entonces elimina de su clientela a los más sensibles, a los que tienen más probabilidades de someterse no a psicoterapia sino a análisis? ¿Cómo dirigirnos a alguien que se esfuerza a costa de sus analizantes, que luego ocupan el lugar de la segunda persona en el chiste (el caso más frecuente de publicaciones de fragmentos clínicos)?

Me ceñiré a esta propuesta. La argumentación en la que se basa me parece ineludible, por lo que no hay necesidad, como proponente, de seguir apoyándolos.

Para concluir, quisiera aclarar en qué consiste lo que he llamado nuestro contrasentido a propósito de Ponge.

⁸ La expresión "*sans thé menthe à l'eau*", argot mediante, es homófona de "*santé mental*", salud mental.

Ponge con Lacan

Algunos de ustedes saben que el heterónimo "Francis Duprès" bajo el cual Erik Porge, Mayette Viltard y yo nos refugiamos para escribir el libro que presenta el caso de las hermanas Papin proviene del nombre de Francis Ponge, nombre con el que hemos compuesto el título de una de sus principales obras: *La fabrique du près*. Como se trataba de fábrica del caso, el "caso" sustituyó al "cerca" [*près*] que, de repente, quedó disponible para ocupar el lugar de "Ponge", cuyo nombre se transformó luego en "Francis Dupré".

Al referirnos a Ponge de esta manera enfatizamos, de una manera que no podría ser más franca, tanto más francamente cuanto que se trata de un estudio clínico monográfico, sobre el alcance paradigmático del caso. Ponge, de hecho, permanece en ese lado del paradigma. Ciertamente tiene ambiciones propiamente metodológicas, pero sin embargo se atiene, para expresar su método, a la singular experiencia poética: pudimos comprender que su manifiesto poético era como se entiende en su poema *El higo (seco)*, que le regala a Philippe Joyaux, - nombré a Sollers - para el primer número de *Tel Quel* (en 1960); pero lo cierto es que no hay en él ningún *discurso del método*, y que este impase en torno a tal tipo de discurso, lejos de ser, en Ponge, un defecto, no es en modo alguno contradictorio con lo que para él tiene valor; por el contrario, se considera que esta abstención es necesariamente exigida por lo mismo que debe afirmar. El heterónimo "Francis Dupré" indica esto, este sesgo propiamente freudiano de que cada caso, como cada poema pongiano, debe abordarse como susceptible de ser elevado al paradigma. En tiempos de Mallarmé todavía se podía hablar de *una* poesía. En la época de Ponge, el término cayó en desuso, salvo para designar *la* poesía en general, y sólo hablamos de *un poema*. Toda la obra de Ponge me parece que toma nota de esta separación.

Aquí, puedo exponer otra razón de mi reticencia a discurrir sobre la clínica después de haber cometido unas 500 páginas sobre un caso. Sería pongianamente lógico que me ciñera estrictamente a esto, a este estudio monográfico; ¿no lo presentifica, por sí mismo, por la forma en que considera el caso (por sus prejuicios, que son en gran medida los de Lacan al escribir el caso) y de una manera incomparablemente más justa, que todo discurso del método, lo que es de un determinado abordaje clínico? Decir más aquí es ya decir demasiado, anular, incluso, lo que es no dicho pero significado. De ahí este lado "no expuesto" de esta exposición.⁹

Pero veamos con más detalle lo que, en Francis Ponge, puede habernos parecido no sólo coherente con el surco [*frayage*] de Lacan sino, más aún, esclarecer y precisar ciertos aspectos.

⁹ [*En dire plus, c'est ici déjà en dire trop, annuler, même, ce qui est non pas dit mais signifié. De là ce côté "non-exposé" de cet exposé.*] La palabra "exposé" es polisémica, "non-exposé" (no-expuesto) y "exposé" (exposición).

Ciertamente, hay en Ponge y en Lacan un número impresionante de rasgos comunes. Mi propósito aquí no es hacer un repertorio, simplemente recordaré, en Ponge, la insistencia en querer rechazar la geometría euclidiana, en querer reconvertir la industria lógica, en cernir, en lugar del Otro, la incrustación del *agalma*. (véase la noción pongiana de *sapate*¹⁰, este tipo de objeto que, como Sócrates para Alcibíades, es feo, vulgar por fuera pero que contiene un objeto precioso, como la ostra en su concha, el jamón de Parma en el melón a la italiana). Por supuesto, también podemos evocar la manera pongiana de jugar con el carácter fuera de sentido del significante, como se puede comprobar con sólo mencionar el título *La fábrica del prado* [*La fabrique du pré*] que, ningún lector de este texto puede ignorar, es también una manera de efectuar lo *cercano* [*près*], la proximidad del sujeto a la cosa.

Parece que fue otro poeta, Jaccottet (traductor de Musil), el primero en advertir que, en Ponge, *Le parti pris des choses*¹¹ es sólo una cara, absolutamente inseparable de un sesgo de las palabras. Hay un juego verbal entre el prado [*pré*] y la proximidad [*près*], y es, por tanto, apoyándose en este significante como tal como Ponge logra llevar a su lector al prado -sin que sea ya posible- en ese mismo instante, final, distinguir uno del otro de estos dos significados. Sin embargo, esta nota de Jaccottet me parece tan justa como parcial, y es completandola, es decir, rectificandola un poco, que alcanzaremos, me parece, el real pongiano, es decir, lo que este escrito designa como imposibilidad.

De hecho, sólo a partir de esta imposibilidad podemos vislumbrar la razón del modo de escribir pongiano, que desemboca en: "una nueva forma de texto, ya no inmovilizada en la imposible perfección de la terminación, sino organizada por el movimiento mismo de la búsqueda con todos sus arrepentimientos y todas sus tachaduras (de modo que ciertos días debía haber tantas hojas rotas en el suelo del despacho de Ponge como restos de yeso en el de Giacometti..." (Jaccottet, citado por Gleize, *Francis Ponge*, p. 201). Lo que abre el escrito pongiano es el acto en el cual Ponge decide ya no romper sus borradores, sino, por el contrario, publicarlos tal como están, "a riesgo - dice Jaccottet - de estancarse y a veces agotar al lector más paciente" (*ibid*). No hay más borradores, no más mentiras sobre el texto ofrecido como completo, no más semblante de lo que este texto de encantos incontestables habría sido producido por su autor en un primer borrador definitivo, con una única inspiración. La tachadura [*la rature*] se da a leer, es la nueva "literatura" [*littérature*].¹²

¿En qué semejante manera hace valer una imposibilidad, esa misma con la que Ponge se debate? Intentaré decirlo remitiéndome al texto desplegado intitulado *Comment une figue de paroles et*

¹⁰ En 1950 Ponge escribió "*Cinq sapates*", cinco poemas publicados, con un tiraje de 95 ejemplares, por suscripción previa. La palabra "sapate" se refiere a un regalo considerable, entregado en forma de otro mucho menor, un limón por ejemplo, y dentro del cual hay un gran diamante; esto se practica en España e Italia. (cfr. Littré).

¹¹ Publicado en español: *De parte de las cosas*, Tr. y notas de Alfredo Silva Estrada. Monte Avila editores, Caracas, 1968.

¹² En francés, en la palabra "*littérature*" (literatura) es posible leer "*lit*" (lee) y "*ature*" (tachadura).

porquoi.¹³

Al comienzo de este texto (¿o mejor dicho estos textos?), Ponge admite no saber realmente qué es la poesía, pero es para añadir inmediatamente que sí tiene una noción del higo, incluso “lista para serle prontamente sustraída”¹⁴. Por supuesto, todo el poema tendrá la función de reducir tal brecha; escribiendo *el higo seco*, Ponge dirá mejor la poesía, que si se lanzara a querer decir directamente la poesía (este es el valor paradigmático del poema). Podemos señalar la importancia de haber reconocido desde el principio que el objeto poesía, como el caso clínico, no puede ser abordado directamente (en el párrafo anterior, intitulado “proposición”, tuvimos que utilizar esta oposición directa/indirecta. Este reconocimiento del valor heurístico del desvío es un gesto filosófico que no podría ser más clásico, lo que no nos impide identificar la función del desvío en Freud, tanto en la práctica reglada por la asociación libre, que bien parece ser una invitación al desvío, como en la segunda teoría de las pulsiones).

En esta identificación del higo y el poema, algo, en el último giro o desvío, viene a decir: no es esto. Interviene, en otras palabras, la función, según Lacan, del objeto *petit a*. Miremos esto más de cerca.

Así sucedería con el higo como con la poesía. El higo seco es una fruta donde todo se come, y hasta de un solo bocado, tiene exactamente el formato adecuado para ello:

¹⁵ “...Lo amamos, lo reclamamos como nuestro chupete.

Un chupete, por suerte, que se volvería de pronto comestible, su principal singularidad, a fin de cuentas, sería ser de un caucho reseco justo hasta el punto en el que podríamos, acentuando solamente un poco (incisivamente) la presión de las mandíbulas, franquear la resistencia -o más bien no resistencia - primeramente, de los dientes, sobre su cáscara”.

El texto (más precisamente una de sus versiones finales) continúa así:

“Para, con los labios ya azucarados por el polvo de erosión superficial que ofrece, nutrirse del altar centelleante en su interior que lo colma de una pulpa púrpura repleta de semillas.

Es el higo como “satape”.¹⁶

Así la elasticidad (en el espíritu) de las palabras - y de la poesía como yo la entiendo.”

¹³ Publicado en español: *Como un higo de palabras y por qué* (2021), traducción de Ana Flecha Marco y Nelía García Salgado, editorial greylock, España.

¹⁴ [“*toute prête à vous être aussitôt quittée*”]. La idea de Ponge que referencia Allouch con esta expresión, implica que la noción (de higo) es tan efímera que podría ser quitada o dejada en cualquier momento (cfr. *Comment une figue de paroles et pourquoi*, Flammarion, Paris, 1977, p. 200).

¹⁵ Si bien no desconocemos la traducción al español publicada del poema “El higo seco o de la poesía como un higo”, proponemos una nuestra en esta parte del texto. El lector encontrará la transcripción de la mencionada traducción al final del artículo como Nota.

¹⁶ Suponemos aquí un error de tipeo, en lugar de “satape” sería “sapate”, término utilizado anteriormente.

Por tanto, todo parece ir bien en el mejor de los mundos pongianos aparentemente compuesto sólo de palabras y de cosas, si no fuera por esta continuación, el último párrafo del poema:

"Antes de terminar quiero decir aún una palabra de la manera particular de la higuera, de destetar el fruto de su rama (como nosotros debemos hacer también con nuestro espíritu de la letra) y de esta especie de rudimento, en nuestra boca: este pequeño botón [en otro lugar Ponge escribe "ergot"¹⁷] de destete -irreductible- que resulta de ello. Para aquello que nos desafía, sin duda no es gran cosa, no es poca cosa.

Posado mascullando en el borde del plato,

O masticado sin fin como se hacen los proverbios,

una vez comprendido, da igual.

Así sea este pequeño texto:

Mucho menos que un higo (lo vemos),

Al menos en su honor nos queda quizás".

La ingestión del higo, por tanto su destrucción, su desaparición, reenvían a su producción, por lo tanto a la relación del higo con la higuera, que muestra el destete. En una de las primeras versiones, se encuentra la explicación de la introducción de "la marca del destete" [*ergot de sevrage*]¹⁸: Ponge distingue dos tipos de frutas, aquellas donde prácticamente no queda ningún rastro del destete, la naranja, la almendra, el limón y las que conservan consigo el pedúnculo, el cordón umbilical que las unía al árbol, la banana, el higo. La poesía sólo puede decirse con estas últimas, las que arrastran consigo su cordón umbilical: "*el fruto se va con su valva (se la lleva y este la conlleva). El degustador quiere comérsela*" (págs. 18-19). Pero precisamente esta valva es incomible, irreductible, y es a este objeto irreductible (para el cual "absolutamente tomado"- poco importa si la masticamos o la colocamos en el borde del plato) al que, finalmente, se iguala el poema. El poema pongiano es un *objeto a*. Con el higo, la relación entre las palabras y las cosas podía llamarse objeto, con esta parte irreductible del higo, este ombligo, podremos ahora, con Ponge, hablar del *Objoie*¹⁹. El goce de la Cosa fracasa en encontrar su plena y completa satisfacción. El *objeto a* viene a decir que "no es eso", que hay una brecha entre el goce esperado y el obtenido.

Sólo un comentario para concluir. Este tipo de estratificación del texto puede ser experimentado por el lector como reiteración (cfr Blanchot²⁰), causándole cierto problema [*ennui*], -

¹⁷ La palabra "ergot" significa los espolones del gallo, también se refiere a un hongo parásito de los cereales, el "cornezuelo del centeno". En sentido figurado se utiliza cuando alguien se levanta, habla con valentía o de manera amenazante a los demás ["pararse en los pedales", "plantarse"].

¹⁸ Se trata de la cicatriz en la rama, que deja el pedúnculo del fruto, al desprenderse.

¹⁹ *Objoie*, palabra valija formada por el prefijo *ob*, de "objet", objeto, y "joie", alegría, gozo, o felicidad.

²⁰ En español: Blanchot, M. (2003). *Tiempo después; la eterna reiteración*. Tr. Rocío Martínez Ranedo. Arena. Madrid.

pero en el sentido fuerte del término de aburrimiento [*ennui*] (que Lacan señaló una vez que con él comienza lo serio, lo serial, así como Winnicott respondiendo a una asistente social que le preguntó cuándo derivarle a alguien: “cuando esta persona le molesta”), en el sentido de lo que se interpone en el camino. Semejante estratificación es una de las características esenciales, ineliminables, decisivas y necesarias de la clínica freudiana, en tanto que hace paradigma. Lo encontramos en Lacan en la escritura del caso Aimée que, en este sentido, parece más pongiano que flaubertiano. Lacan cuenta dos veces la historia; añade, corrige, reevalúa constantemente el primer escrito - sin enmascararlo, sin preocuparse de borrar sus errores o incluso sus extravíos, sin querer tampoco, gesto muy pongiano, retomarlo todo en un escrito completo, que por sí mismo devolvería los primeros esbozos al rango de borradores. Este es el interés de escribir a medida que avanza el caso, de esta modalidad tan específica de la monografía en profundidad. Así como Ponge, con esta forma de escribir, hace valer el “*ergot*” (también entendido como una cita parcial del *cogito* cartesiano) justo después (es la temporalidad del tiempo lógico, con su “conclusión errónea”) de haber casi logrado cuasi identificar el higo a la poesía, del mismo modo que Lacan desemboca, al terminar la versión del autocastigo, en el “no es eso”, sobre el punto de objeción a esta versión (el carácter centrífugo del delirio), que también será, a partir de lo que una nueva versión podrá ser escrita. Aquí el concepto de versión parece esencial.

¿Estamos sin embargo en una hermenéutica? Puede ser. Pero no por esta razón es que hay no un perpetuo retorno del sentido al sentido, o una fuga del sentido, sino, gracias a la reiteración misma, un verdadero cierre, que aísla un determinado objeto, que lo recorta, que lo distingue, que lo constituye. Digamos no *cogito ergo sum*, sino, en el orden correcto: *cogito sum ergo* (o *ergot*). La topología lacaniana parece ser aquí nuestro único recurso con respecto a la pendiente hermenéutica. Todo nuestro debate con la hermenéutica, nuestra diferenciación de ella, se debe al cierre, y el cierre se debe a la reiteración.

Por lo tanto, es en nuestro estilo de abordaje de la clínica, del caso, que se juega, de entrada, nuestra posición respecto al lugar de la hermenéutica pero también al de la ciencia: acoger el caso en su alcance paradigmático no nos aleja del paradigma en el sentido de “matriz disciplinaria”, sino que por el contrario nos lleva allí. Entonces, como vemos, para este otro sentido del término “paradigma”, sólo puede tratarse de topología.

Montevideo, febrero de 2024.

[Nota] Transcribimos aquí el fragmento del poema "El higo seco o de la poesía casi como un higo" en la versión publicada en español, que se encuentra en *Como un higo de palabras y por qué* (2021). Traducción de Ana Flecha Marco y Nelia García Salgado, editorial greylock, España, pp. 211-214.

[...]

*"No importa lo amamos
Lo reclamamos como nuestro chupete
Un chupete, casualmente, que se volvería de pronto comestible,
Su principal singularidad a fin de cuentas sería ser
De un caucho reseco justo hasta ese punto
En que se puede,
Acentuando solamente un poco
-incisivamente-
La Presión de las mandíbulas,
Franquear la resistencia
-o más bien mo resistencia - en principio -
de los dientes contra su envoltura.
Para,
Con los labios ya azucarados por el polvo de erosión superficial que ofrece,
Nutrirse del altar centelleante en su interior que lo rellena entero
De una pulpa de púrpura regalada de pepitas.*

*Así la elasticidad en el espíritu de las palabras
- Y la poesía como yo la entiendo.*

*Para terminar he de hablar aún
De esta manera - particular de la higuera,
De destetar el fruto de su rama
(Como nosotros también nuestro espíritu de la letra),
Y de la especie de rudimento,
Del pequeño botón del destete
-irreductible-
Que resulta de ello.
Para aquello que nos planta cara
Sin duda no es gran cosa
No es poca cosa.*

*Colocado mascullando en el borde del plato
O mascado sin fin como se hace con los buenos textos,
Una vez claro,
Da lo mismo.
Así sea este breve fragmento
Mucho menos que un higo, lo vemos,
Al menos en su honor nos queda quizás". (p. 212 -214).*